

Perfiles sociopolíticos de la primavera árabe¹

José Abu-Tarbush

Universidad de La Laguna

josabu@ull.es

Breve reseña curricular:

José Abu-Tarbush es profesor titular de Sociología en la Universidad de La Laguna. Es autor de los libros: *La cuestión palestina: identidad nacional y acción colectiva*. (Madrid, 1997); e *Islam y comunidad islámica en Canarias: prejuicios y realidades*. (La Laguna, 2002). En esta misma línea de investigación, centrada en el mundo árabe e islámico, es también autor de otros trabajos aparecidos en obras colectivas y en revistas especializadas.

Resumen

El triunfo de las revueltas tunecina y egipcia ha tenido un indudable efecto de contagio en prácticamente todas las sociedades árabes del Magreb, Oriente Próximo y, parcialmente, en el Golfo. A diferencia de la atención de la que fue objeto durante la primera década del siglo XXI (tras los atentados terroristas del 11-S y la respuesta militarista estadounidense en Afganistán e Irak), el mundo árabe ha recobrado una notable visibilidad en la escena mundial a propósito de la contestación política que protagoniza su ciudadanía. Sus demandas, de apertura y democratización de sus sistemas políticos, se articulan en manifestaciones eminentemente pacíficas. Su movimiento de cambio político cuenta con una amplia base social, introduce nuevas pautas sociopolíticas e inicia un nuevo capítulo en su historia postcolonial.

Palabras claves:

Sociedad civil, Estado árabe, autoritarismo, contestación política, revueltas, democratización.

¹ Esta ponencia se inscribe dentro del proyecto I+D del MICINN: “Sociedad civil y contestación política en Oriente Medio: dinámicas internas y estrategias externas” (CSO2009-11729), dirigido por Ignacio Álvarez-Ossorio.

¿QUÉ TIPO DE CAMBIO POLÍTICO?

Desde su descolonización, el cambio político en el mundo árabe ha estado asociado principalmente a una fuente de poder: el ejército. Su trayectoria no ha sido muy diferente a la de otros Estados y sociedades postcoloniales. Ante unos sistemas políticamente cerrados y represivos, la vía que mayores potencialidades ofrecía para acceder al poder y acometer ciertas transformaciones políticas procedía de sus fuerzas armadas. A su vez, el estamento militar aunaba otras circunstancias que favorecían esa consideración. Una, a diferencia de cualquier otra institución estatal, el ejército estaba en la vanguardia de la modernización del país. Su propia organización e instrucción poseían un fuerte carácter racional, sistemático, disciplinado, jerarquizado, planificado y dispuesto a afrontar cualquier eventualidad en materia de seguridad. Dos, con diferencia de otras partidas presupuestarias, la destinada a seguridad y defensa era la que mayores ingresos percibía. Sus medios eran notables; no se limitaban sólo a sus instalaciones y recursos armamentísticos, sino también a las condiciones materiales de vida de la que gozaban sus miembros, en especial, su oficialidad. No en vano el crecimiento registrado por la burocracia del Estado postcolonial procedió de su voluminoso aparato securitario (Ayubi, 2000). Tres, a semejanza de otras sociedades del denominado Tercer Mundo (piénsese, por ejemplo, en América Latina), el ejército constituía uno de los más importantes vehículos de ascenso social. En particular, los jóvenes descendientes de las clases más humildes (campesinos y asalariados, principalmente) e incluso de las clases medias urbanas veían en la carrera militar una fuente de movilidad social ascendente. Al ser una de las instituciones más sólidas y privilegiadas, las fuerzas armadas garantizaban el desarrollo de una vida más holgada en el terreno personal y familiar; además de estabilidad laboral y oportunidades de mejora profesional. En suma, el ejército constituía una fuente de estatus social y poder.

Por último, cuatro, los militares que protagonizaron los sucesivos golpes de Estados a partir de los años cincuenta procedían de esa extracción social. El golpe seminal del “Movimiento de Oficiales Libres” en Egipto (1952) inauguró un nuevo ciclo político en la región. Su ejemplo fue emulado por otros jóvenes oficiales de similar origen social en otros países del entorno. Siria e Irak fueron los casos más notables, a los que se fueron sumando Argelia, Yemen del Sur, Libia, Sudán y, a su modo, Mauritania. Obviamente, las variaciones en la experiencia golpista entre un Estado y otro fueron notables: destitución de las monarquías e institucionalización de las repúblicas en Siria, Irak y Libia; desenlace de una guerra civil en Yemen; resultado del proceso

de liberación nacional en Argelia²; o bien fruto de la rivalidad en la cúpula del poder (de la que, en ciertos casos, no estuvo ausente los recelos tribales, étnicos y religiosos) como reiteradamente sucedió en Siria, Irak, Argelia, Sudán y Mauritania (país, éste, donde los golpes de Estados se han reproducido hasta hace muy poco, el último en 2008).

No obstante, también se advirtieron importantes similitudes, cifradas en su escasa base social (movimiento vanguardista), su limitado impacto social (más centrado en el reemplazo de las elites del poder) y su reproducción del autoritarismo. Primero, la vía de ascenso al poder de los jóvenes oficiales ciñó el protagonismo del cambio político a una pequeña vanguardia. Su propia modalidad de toma de poder, de naturaleza golpista, invitaba a mantener sus planes en secreto y restringido a un círculo originalmente muy cerrado de confianza y lealtad personales. Una vez en el poder intentaron ensanchar su base social de apoyo con sus respectivas políticas en materia social, económica y exterior; aunque no siempre cosecharon el éxito deseado.

Segundo, su impacto social, político y económico fue mucho más limitado que el publicitado en el interior y percibido en el exterior. Con alguna salvedad, su carencia de respaldo e implicación popular restringió el alcance del cambio político. Pese al simbolismo y demagogia que acompañaba el reemplazo de la cúpula de poder, éste estuvo más centrado en la destitución de la antigua élite (monarca, presidente o antiguo compañero de armas) y su sustitución por la nueva o emergente. Sin embargo, su implicación sociopolítica se mostró mucho más limitada. Deliberada o inadvertidamente se confundió la toma del aparato del Estado (ocupación del palacio real o presidencial, instalaciones militares, medios de telecomunicación, infraestructuras y comunicaciones) con una revolución que, en todo caso, sólo tenía un alcance palaciego. A pesar de las nacionalizaciones, las reformas agrarias, la mejora en las infraestructuras, las comunicaciones, la sanidad y la educación, no se acometieron cambios que transformaran en profundidad su estructura social y económica. Su sistema productivo mantuvo una orientación capitalista o de capitalismo de Estado, vertebrándose en el mejor de los casos como un Estado rentista que vivía de los ingresos aportados por la venta de sus recursos energéticos (petróleo y gas, básicamente); o bien en otros casos, carentes de semejantes recursos, de su contraprestación geoestratégica en el mercado de la rivalidad y las alianzas que mantenían las grandes potencias (y superpotencias) en el sistema internacional.

² El caso argelino es el más excepcional de los expuestos porque fue resultado de su proceso de emancipación nacional sin registrar un golpe de Estado visible como sucedió en otros países, pero no impidió que el ejército terminara capitalizando el poder y se produjera algún golpe de Estado encubierto fruto de las rivalidades en su cúpula (Gómez, 2009).

Por último, tercero, con independencia de sus modalidades de acceso al poder, así como de la articulación de su sistema político y económico, prácticamente todas las experiencias tuvieron como denominador común la reproducción del autoritarismo. La ideología legitimadora del poder predominante fue en un primer momento el nacionalismo (panarabismo) con alguna deriva socializante. A medida que el nacionalismo y las ideologías políticas seculares fueron perdiendo atractivo y, en su lugar, el islamismo fue ganándose terreno, los dirigentes árabes no dudaron en usar la religión como fuente de legitimidad complementaria de su poder. A pesar de su origen secular, muchos regímenes intentaron sintonizar con el creciente clima de reislamización reinante en sus sociedades, asumiendo algunas de sus demandas y símbolos. En suma, con independencia de su revestimiento político e ideológico, en los sistemas políticos árabes postcoloniales no había espacio para la oposición, la discrepancia ni la disidencia. Todo atisbo de oposición política fue condenado a la represión y el ostracismo: cárceles, cementerios y exilio.

Que el ejército fuera el vehículo más recurrido para acceder al poder ante el cierre hermético de su sistema político, sin canales institucionales de participación, no excluyó la existencia de otras fuerzas sociopolíticas que apostaban por el cambio social. Pero su debilidad ha sido notoria para granjearse el apoyo de una mayoría social significativa; y para hacer avanzar sus demandas frente a unos regímenes que se han mostrados reacios e inmovilistas a toda idea de alternancia en el poder, cambio y progreso social. En este contexto, se produjo la radicalización de algunos sectores sociales y políticos de obediencia islamista, que terminaron derivando hacia la violencia extrema y, en particular, hacia el terrorismo de corte *yihadista* tanto en su vertiente nacional como transnacional (Gerges, 2005 y 2007).

¿Revoluciones o revueltas?

El cambio político suscitado por la denominada *primavera árabe* ha recibido diferentes calificaciones. Dos han sido la más recurridas tanto por los medios de comunicación como por algunos círculos académicos: revolución y revuelta. Ambas designan procesos de cambio político de diferente naturaleza y alcance. Por tanto, no parece pertinente su uso como sinónimo o términos intercambiables. Una revolución indica una transformación significativa del sistema político. Esto es, su reemplazo por otro nuevo mediante un cambio violento. A su vez, la revolución puede ser política, limitada al cambio de su régimen; o también social, el cambio político se ensancha y afecta igualmente a la transformación de su estructura social (Paramio, 1990; Arendt, 1988).

Sin embargo, el proceso de cambio desatado en el mundo árabe no es ni lo uno ni lo otro. La razón es bien sencilla, no se trata de una revolución. No se ha producido un desmantelamiento del sistema político anterior y su consiguiente reemplazo por otro nuevo. De momento, sólo se ha registrado su descabezamiento, centrado en la figura del presidente tunecino (Ben Ali) y egipcio (Hosni Mubarak), con un alcance todavía muy tímido hacia otras personalidades de ambas autocracias. Otra cosa bien diferente será que, como resultado final del proceso transitorio iniciado, se obtenga a medio o largo plazo un balance de verdadera transformación del sistema político. Entonces habrá sido fruto de un cambio gradual, progresivo, pero no de un cambio intenso, con la mediación de la violencia que suele acompañar a una revolución.

A diferencia de ésta, la revuelta posee otras características y su propio alcance es significativamente más limitado. La revolución implica una estructura organizativa con su correspondiente dirección política; además de poseer una deliberada agenda o estrategia revolucionaria, en la que cabe planificar incluso la ofensiva o insurgencia con el propósito de hacerse con el poder. Por el contrario, las revueltas árabes surgieron de forma espontánea (sin planificación), carentes de organización (partidos políticos), dirección (liderazgo), ni ideología (programa); y su principal propósito no ha sido la toma del poder. Su afamado eslogan, “El pueblo quiere la caída del régimen”, define su carácter de rebelión antiautoritaria, reivindicadora de la apertura y democratización de sus sistemas políticos.

En este mismo contexto, parte de la prensa y academia árabe se refiere a las revueltas con la expresión autóctona de *Intifada*. Único término árabe legado al diccionario de la política mundial del siglo XX (Said, 1990: 5), su uso se originó y generalizó a raíz del movimiento de resistencia y desobediencia civil que protagonizó la sociedad palestina frente a la ocupación militar israelí (1987-1993). Desde entonces se emplea la denominación de *Intifada* como equivalente de levantamiento, revuelta o rebelión; en ocasiones se extiende incluso fuera del marco geocultural árabe. Su uso para definir las actuales revueltas no altera conceptualmente la comentada distinción con el término revolución.

¿Revueltas o golpes de Estado encubiertos?

El triunfo de las revueltas en Túnez y Egipto no se explica sin la decisión adoptada por el ejército. Ante el desafío político de su ciudadanía tenía dos opciones: la de disparar o no. Finalmente, adoptó esta última y sus altos mandos así lo hicieron saber. Algo impensable tuvo lugar, la cúpula militar desobedecía públicamente las órdenes que procedían directamente de la presidencia del Estado. Por tanto, su opción fue decisiva para el triunfo de ambas revueltas.

De lo contrario, los escenarios tunecino y egipcio no serían muy diferentes de la represión registrada en Libia, Bahrein, Yemen y Siria.

Cómo fue posible que, pese a ser la columna vertebral del régimen, el ejército se negara a reprimir la contestación política que lo desafiaba, con sus exigencias de la salida del presidente y la abolición del régimen asentado en el presidencialismo autoritario para, teóricamente, dar paso a un Estado de derecho y democrático. Una explicación sería que, a diferencia de los casos mencionados, los ejércitos tunecino y egipcio han experimentado un mayor grado de institucionalización, profesionalización y relaciones internacionales de cooperación con otros ejércitos occidentales; y son más ajenos a las prácticas nepotistas (personalistas, familiares, tribales y confesionales) de los cuerpos militares de su entorno³. De ahí que la represión quedara en manos de la repudiada policía y los temidos servicios secretos (los afamados *mukhabarat*).

Túnez era un caso elocuente. La omnipresencia de los *mukhabarat* se remitía a la propia trayectoria del presidente Zine El Abidine Ben Ali (1987-2011), que ocupó su máxima responsabilidad en diferentes momentos de su carrera, iniciada en el ejército y luego centrada en la seguridad. Bajo la presidencia de Habib Bourguiba se destacó por la represión de algunos movimientos de protestas. Su ascenso al gobierno fue paralelo a su condición del “hombre fuerte del régimen”, que facilitó su salto a la presidencia mediante un golpe de Estado en 1987. La policía tunecina tenía un papel tradicionalmente más visible y sobresaliente que el ejército. Éste carecía de tradición intervencionista, contaba con un presupuesto modesto (1,4% del PIB) y un tamaño comedido (integrado por unos 35.000 hombres) en comparación con los abultados gastos en defensa y voluminosas fuerzas armadas de los países de su entorno. La negativa a reprimir mediante las armas a los manifestantes le costó la destitución a su jefe de Estado Mayor, el General Rachid Ammar. Situación que al poco tiempo terminó invirtiéndose con la destitución de Ben Ali como presidente del país y la restitución en su puesto del más alto oficial tunecino.

En contraposición, el ejército egipcio ha tenido más visibilidad y, también, una mayor tradición intervencionista en la vida política. Desde el levantamiento de 1952 todos sus presidentes han surgido de las filas militares: Gamal Abdel Naser, Anwar al-Sadat y Hosni Mubarak; sin olvidar el

³ Piénsese en el caso de Yemen, donde la cúpula militar está ocupada por la familia del presidente Saleh, (Stratford, 2011), situación no muy diferente a la de Libia o Siria (Echevarría, 2011).

precedente de Mehmet Ali en el siglo XIX, considerado como el fundador del Egipto moderno. Su implicación en el conflicto árabe-israelí ha sido igualmente sobresaliente, primero, protagonizó todas sus guerras interestatales (desde la seminal de 1948, la agresión tripartida contra Egipto de 1956, la de la derrota de 1967 y, en particular, la de la que se proclamó vencedor junto con Siria en 1973); y segundo, era con diferencia el mayor ejército de la región (en la actualidad es el undécimo del mundo con medio millón de hombres y un presupuesto en torno al 3,4% del PIB). Además, desde que Egipto sellara los Acuerdos de Camp David con Israel, en 1978-79, recibe anualmente una considerable ayuda militar de EEUU (unos 1.300-1.500 millones de dólares) que ha permitido la modernización de sus fuerzas armadas.

Su histórica injerencia en la esfera política se ha extendido también a la económica. Las fuerzas armadas sostienen un imperio económico, paralelo a la economía del Estado y partidario de la intervención en el mercado. Pese a su falta de transparencia y rendición de cuentas (ante el Parlamento, oposición, sociedad civil y medios de comunicación), su poderosa influencia se hace notar mediante la producción de toda una serie de bienes y servicios (militares y civiles) y la extensión de una red clientelar (empleos, favores, presiones o castigos). En contra de las recomendaciones del Banco Mundial, las propiedades del ejército no se han privatizado y ha sido éste, en cambio, el que se ha beneficiado de la política de liberalización del Estado con la adquisición de sus “empresas civiles” (Springborg, 2011: 25).

En esta tesitura, se cruzaron los intereses contrapuestos de la elite en el poder con la revuelta popular que actuó de detonante para su reequilibrio. La cuestión sucesoria de Mubarak dividía a los partidarios de mantener la intervención económica, representado por la vieja guardia de burócratas y oficiales militares, y los partidarios de su liberalización, que reunía a los más destacados actores económicos asociados al hijo del presidente, Gamal Mubarak (visto con recelos por los primeros). Ambos grupos compartían intereses comunes, centrados en “mantener el papel hegemónico del régimen”. De ahí su inexorable cooperación para mantener la estabilidad del país hasta que ésta se vio seriamente amenazada. Esta pugna se saldó en favor de la vieja guardia frente a la joven como garante de la estabilidad y del control de la transición del país. En este sentido, las protestas actuaron como “catalizador del desequilibrio de régimen Mubarak, por lo que la estabilidad del país y la permanencia de la vieja guardia no podrían asegurarse sin el consenso popular” (Lampridi, 2011).

La dependencia de los militares egipcios de EEUU es indiscutible. Sin la luz verde de Washington no habrían destituido a Mubarak. A su vez, la importancia de Egipto en la alianza

estratégica estadounidense resulta igualmente evidente. Considerado como un socio estratégico y militar que propicia estabilidad y moderación en la región, Egipto ocupa una posición geoestratégica privilegiada. Además de poseer una de las más importantes vías mundiales de navegación (el Canal de Suez une el mar Mediterráneo y el mar Rojo), el país del Nilo está situado en el centro del mundo árabe. Es limítrofe con todas sus regiones: el Magreb, el Mashrek, el Golfo y el área afro-árabe. Fue el primer Estado árabe en firmar un tratado de paz con Israel, replegando de la contienda árabe-israelí al mayor ejército de la región y asegurando así las fronteras suroestes del Estado israelí. Su condición de epicentro del subsistema regional árabe hace que desde Egipto se irradien sus tendencias, de toda índole, hacia otros Estados y sociedades árabes. Condición que hace más trascendental la apuesta por su cambio político.

A diferencia de Túnez, país que carece de la relevancia geopolítica egipcia, la decisión adoptada por los militares egipcios resultó más compleja. Sortear la ambigüedad de quien pretende estar a los dos lados de las trincheras no fue una tarea sencilla. Pese a formar parte fundamental de los regímenes desafiados, el ejército ha mantenido paradójicamente su reputación debido, primero, al carácter personalista del presidencialismo autoritario, que ha centrado las iras de la población en la figura del autócrata y ha evitado el desgaste gubernamental de sus militares; y segundo, a su determinación de no reprimir las multitudinarias demostraciones de descontento y contestación política, que reforzó su prestigio, respeto y popularidad (en la plaza *Tahrir* impuso una barrera entre los partidarios y detractores del régimen para evitar los enfrentamientos). Su prioridad se centró en mantener la estabilidad, asegurar sus intereses políticos y económicos, así como salvaguardar su reputación. En este contexto, algunos análisis sostienen que conjuntamente con las revueltas se produjo, al menos en el caso egipcio, un golpe de Estado encubierto (International Crisis Group, 2011: 15-17).

En suma, el papel desempeñado por el ejército en el triunfo de las revueltas tunecina y egipcia ha sido crucial. Del mismo modo, cabe esperar que lo sea a lo largo del periodo de transición, auténtica prueba de fuego de su grado de consentimiento y adhesión al cambio político. Sólo entonces se despejarán las dudas sobre la naturaleza y el alcance de los cambios operados: si son meramente cosméticos, como apuntan sus críticos; o bien serán más profundos, como esperan sus partidarios. Son obvias las diferencias entre la cultura política militar y la de la sociedad civil egipcias. No es arriesgado apuntar que a medio o largo plazo terminarán colisionando; o bien, desde una perspectiva más posibilista, lograrán un acuerdo que permita a

los militares mantener sus “poderes y privilegios” tras una “fachada civil” con la esperanza de acometer cambios más trascendentales en el futuro (Springborg, 2011: 28), bajo la creencia de que su resistencias serán entonces menores o más débiles.

¿EFECTO DOMINÓ O EFECTO DE CONTAGIO?

Existe una diferencia fundamental en el empleo de ambos conceptos. El *efecto* o *teoría del dominó* vio generalizado su uso durante la Guerra Fría ante el temor estadounidense de ver caer en el comunismo a un régimen aliado tras otro en el empobrecido sudeste asiático, donde había triunfado la segunda revolución socialista de la historia, la revolución china, en 1949. En este contexto de posguerra, al que se sumó la guerra de Corea (1950-53), la implicación de Washington en el conflicto de Vietnam se justificó con el objetivo de frenar el temido *efecto dominó*, que teóricamente desencadenaría una reacción en cadena de corte lineal. De manera que la caída de la primera ficha (China) derribaría a las otras fichas colocadas en fila (sociedades y Estados del sudeste asiático que compartían similitudes con la China prerrevolucionaria) (Kegley y Wittkopf, 2001: 102).

Por su parte, el *efecto de contagio* tiene un origen socioeconómico, el ejemplo más recurrido es el de una crisis que termina contagiándose de una región a otra. Se emplea también en psicología social y en sociología para explicar algunos comportamientos colectivos como, entre otros, el pánico y los estallidos hostiles que ocurren en secuencias (Smelser, 1989). Un mayor refinamiento teórico procede del conjunto de perspectivas sobre la acción colectiva que, apoyadas en la teoría microeconómica, buscan explicar el comportamiento político (Olson, 1971). No obstante, el propósito de la distinción introducida aquí entre el *efecto dominó* y el *efecto de contagio* es señalar que el primero se suele aplicar a los Estados o a sus sistemas políticos, mientras que el segundo se refiere a sus sociedades.

La caída de Ben Ali primero y de Mubarak después suscitó el temido *efecto dominó* en el subsistema regional árabe. Pese a los deseos de unos y los temores de otros, no se produjo ninguna reacción en cadena. Nuevamente, la historia mostraba que no era lineal. Del mismo modo que los contendientes aprendían de sus respectivas experiencias, las autocracias tomaron nota para impedir la caída de la siguiente que amenazaba con arrastrarles. El rey Abdallah de Arabia Saudí ofreció a Egipto el monto equivalente a la ayuda anual que recibía de EEUU si éste se la retiraba. A su vez, Argelia y Siria apoyaron la ofensiva militar del régimen libio contra su insurgencia. Paralelamente, fuerzas de Arabia Saudí y de los Emiratos Árabes

Unidos entraron en Bahréin para aplacar a los manifestantes. Pero nada evitó el efecto de contagio sociopolítico que se extendía por toda la región.

No es sencillo explicar cómo se vertebraron las movilizaciones colectivas en espacios nacionales tan diferenciados y separados por sus respectivas fronteras estatales. Aducir el efecto de contagio resulta insuficiente si a continuación no se advierte el hilo conductor de su transmisión. Sus sociedades y Estados guardan notables diferencias, aunque también importantes similitudes. Unas explicarían las particularidades de cada caso y otras las tendencias transnacionales (o, si se quiere, panárabes). A decir de Eugene Rogan, los árabes “son a un tiempo un pueblo y muchos pueblos” (Rogan, 2010). Además de compartir una identidad común, asentada en su lengua e historia, las últimas décadas, desde su independencia, son cruciales para comprender sus actuales revueltas políticas. No obstante, conviene separar los cambios estructurales de los factores desencadenantes, precipitantes, facilitadores o transmisores de las acciones de protestas.

Causas estructurales del descontento político

Un cúmulo de causas políticas, económicas y sociales, de índole estructural, se vienen acumulando en el mundo árabe desde hace décadas y que, a su vez, explicarían el descontento sociopolítico reinante en la región. De manera que a la pregunta de ¿por qué ahora?, se podría responder con otro interrogante: y ¿por qué no antes? Dicho de otro modo, ha podido sorprender el momento e incluso las formas, pero a nadie puede asombrar sus razones. Existe una abundante literatura sobre su malestar que concentra sus causas en su esfera política, económica, social y, no menos importante, su ubicación en el sistema internacional.

Su *espacio político* tiene como denominador común su cierre hermético a toda participación. Por consiguiente, excluye al conjunto de su ciudadanía del sistema político, de su supervisión y de la posibilidad de alternancia en el poder. Sus regímenes se caracterizan por el autoritarismo, ya sea en su vertiente presidencial o monárquica. Son Estados policiales y represivos. Lejos de ser “fuertes” son, ante todo, “duros”. Como señala Ayubi: “A pesar de que poseen grandes burocracias, ejércitos poderosos y duras cárceles, se muestran lamentablemente débiles cuando llega el momento de recaudar impuestos, ganar guerras o forjar un bloque de poder realmente <<hegemónico>> o una ideología capaz de elevar al estado –superando el nivel coercitivo y <<corporativo>> a una esfera moral e intelectual” (Ayubi, 2000: 11). Sumido desde hace tiempo en una profunda “crisis de legitimidad” (Martín Muñoz, 1999), que prolongó su supervivencia sin alterar sus “estructuras de poder” (Izquierdo,

2009), todo parece indicar que el orden del Estado árabe postcolonial ha caducado definitivamente.

En la *esfera socioeconómica* destaca su carácter desigual, tanto en el espacio interestatal como en el intraestatal. Una serie de Estados poseen ingentes recursos naturales; y otros carecen de riquezas semejantes o significativas que permitan su viabilidad económica. Con más del 60% de las reservas comprobadas de petróleo y el 35% de las de gas, los Estados poseedores de estos importantes recursos energéticos viven literalmente de las “rentas”. Son los denominados Estados rentistas. Sus efectos perniciosos son conocidos, alcanzan tanto a su sistema político (sin recaudación de impuestos, pero tampoco representación) como al productivo (con escasa o nula diversificación e innovación). La distribución desigual de la riqueza no se limita al espacio interregional, también se reproduce en el ámbito interno. Si bien no todos los Estados de la región poseen recursos semejantes, su posesión no garantiza a su ciudadanía el acceso o disfrute derivado de sus riquezas naturales. Con una ligera variación en el caso de Argelia (con unos 35 millones de habitantes), la mayoría de los petro-Estados se caracterizan por combinar abundantes recursos energéticos con una escasa población, que permite desarrollar una política económica paternalista: sufragar los gastos más básicos (educación y salud, principalmente) y propiciar servicios, empleos y bonificaciones mediante una importante red clientelar que, en suma, busca cooptar a sus ciudadanos (o, en rigor, a sus súbditos).

El panorama socioeconómico resulta más complejo y precario entre aquellos Estados que carecen de recursos similares. Algunos dependen también del exterior por las “rentas geoestratégicas” de su ubicación y alianzas externas frente a la amenaza comunista durante la Guerra Fría, o bien frente a la terrorista (de corte *yihadista*) durante la posguerra fría (Yemen sería un claro ejemplo). No es menos cierto que, además de una pésima gobernanza y corruptela, la ayuda que perciben es insuficiente para garantizar unos mínimos de bienestar y seguridad (alimentaria, sanitaria y medioambiental) a sus respectivas poblaciones; además de ser parcialmente desviadas de sus originales objetivos hacia cuentas e intereses particulares⁴. Sin capacidad para desarrollar sus sistemas productivos, generar empleo y propiciar cierta prosperidad material, sus políticas económicas se caracterizan por la reproducción de la

⁴ A raíz de las revueltas árabes Suiza desveló que sus dictadores poseían sustanciosas cuentas en sus bancos (Gadafi 281 millones de euros, Mubarak 320 y Ben Ali 47), véase “Suiza revela las cuentas millonarias de los dictadores árabes”, *El País*, 3 de mayo de 2011, http://www.elpais.com/articulo/internacional/Suiza/revela/cuentas/multimillonarias/dictadores/arabes/elpepuint/20110503elpepuint_2/Tes

desigualdad, la injusticia social, la exclusión económica, la corrupción y, en definitiva, el subdesarrollo.

Sus clases dirigentes sostienen una concepción y práctica neopatrimonialista del país y sus recursos. No es exagerado considerar que dichas clases son el Estado o, viceversa, que el Estado se reduce a su elite en el poder. Situación ilustrada por las denominadas petromonarquías del golfo Pérsico, de familias con fachada estatal o con posesión y manejo de un Estado como si de una propiedad privada se tratara. Semejante práctica no se reduce sólo a las monarquías, también en las repúblicas, de bagaje nacionalista y tintes socializantes, sus dirigentes comparten presupuestos neopatrimonialistas similares. Ante el desafío antiautoritario lanzado por su sociedad, Gadafi reclamó su condición de padre de la patria: él había construido Libia. De modo semejante, la revuelta popular en Siria ha evidenciado que el núcleo duro de su poder (político-militar y económico) se concentra en torno a la familia gobernante (Casa Árabe, 2011).

Paralelamente, en el *espacio social* se apunta el notable crecimiento demográfico registrado en el mundo árabe durante la segunda mitad del siglo XX, presentando actualmente una abultada población joven (dos tercios tiene menos de 30 años). Pero al mismo tiempo se comienza a observar los efectos de su transición demográfica. Precedida por una importante alfabetización de los hombres y las mujeres, sus resultados se aprecian en la reducción de la fecundidad (de 7,5 hijos en 1975 a 3,7 hijos en 2005), la erosión de la endogamia, la transformación de las estructuras familiares tradicionales y, en particular, la alteración en las relaciones de autoridad (Courbage y Todd, 2009). Una importancia capital ocupa el acceso de la mujer al espacio público mediante los estudios y la vida laboral. Allí donde su incorporación es más significativa, mayor impacto experimenta la actual transición demográfica (Bessis y Martín Muñoz, 2010).

Su *frustración social* es notoria. Quizás quien mejor ha recogido ese malestar sea el periodista libanés Samir Kassir, asesinado en 2005, cuando afirmaba que no era recomendable ser árabe en la época actual; y esbozaba un panorama “sombrio” en comparación con otras áreas del planeta (a excepción del África subsahariana), sin perspectivas de futuro ni de realización personal para sus hombres y, en particular, sus mujeres (Kassir, 2006). En esta misma línea no debe menospreciarse la *ubicación del mundo árabe en el sistema internacional*, en una situación periférica y de subordinación, objeto de las más flagrantes violaciones del Derecho internacional y de la aplicación del doble rasero en las relaciones internacionales (Khader,

2010). Si bien una de las características que más se ha destacado de las revueltas es la ausencia de reivindicaciones o protestas de ámbito internacional, con las que están más familiarizadas los medios de comunicación y la opinión pública mundial, lo cierto es que no se debería menospreciar el descontento acumulado a lo largo de los años; y, menos aún, la identificación que tradicionalmente ha realizado la ciudadanía árabe de sus dirigentes como representantes locales de las potencias mundiales.

Factores desencadenantes y facilitadores de las revueltas

En el otoño de 2010 tenía lugar una insólita movilización a las afueras de El Aaiún, donde los saharauis habían establecido el campamento de *Gdeim Izik*, que finalmente sería asaltado y desmantelado. Considerado por su particular forma de protesta como un preámbulo de la *primavera árabe*, ésta no se desencadenaría hasta el incidente sufrido por un vendedor ambulante en Túnez, que se quemó a lo bonzo después de ser humillado públicamente. La sucesión de manifestaciones en el país magrebí se mantuvo a lo largo de varias semanas. La situación se volvió insostenible. Ante la retirada del apoyo del ejército a sus pretensiones represivas, Ben Ali abandonó el país concluyendo así su largo mandato desde 1987.

Desde otros rincones del mundo árabe se reprodujeron las escenas en el que algunos ciudadanos pretendían emular a Muhammad Bouazizi, autoinmolándose. Pero ya no era necesaria ninguna inmolación más para provocar una nueva revuelta, ésta había iniciado su propio curso. El ejemplo tunecino actuó de revulsivo. Algo inimaginable había sucedido, el descabezamiento de un régimen autocrático mediante la presión popular ejercida en la calle. Las movilizaciones continuaron incluso semanas después para exigir un verdadero cambio político, que no se limitara a limpiar la fachada del régimen. En este ambiente, trágico y festivo a un mismo tiempo, se extendieron las manifestaciones públicas a otras sociedades de su entorno. De pronto, se había rebasado el umbral del miedo. No había vuelta atrás.

El “umbral” es definido como ese punto en el que los beneficios para sumarse a una acción colectiva son mayores que sus costes. Los umbrales suelen cambiar en el transcurso de una situación, bien incrementado sus costes o bien rebajándolos (Granovetter, 1990). En este sentido, se comprende que la adhesión a la revuelta resultó menos costosa en la medida en que su tamaño era mayor, con la movilización generalizada de su sociedad civil; y las probabilidades de ser apresado o sufrir directamente la represión eran menores. La barrera del terror físico y psicológico impuesta por sus Estados represivos y policiales había sido finalmente franqueada. Su omnipresente *mukhabarat* parecía haber sido desterrada de la

psique colectiva, liberando a sus hombres y mujeres de la parálisis sociopolítica a la que estaban sometidos hasta entonces.

Un elemento importante en facilitar las movilizaciones procedió de las nuevas tecnologías de la comunicación, en particular, de las televisiones vía satélite y de internet. Que las revelaciones de WikiLeaks sobre el alcance de la corrupción en algunos países árabes precedieran a las revueltas llevo a cierto equívoco: considerar que sus filtraciones habían actuado de catalizadores del descontento político en la región⁵. La corrupción de sus clases dirigentes no era una noticia nueva para las sociedades árabes, sólo confirmaba lo que era un rumor en alta voz. Sin duda, las telecomunicaciones han permitido sortear la censura gubernamental, acceder a fuentes de información plurales, propiciar una reflexión crítica y buscar una vía alternativa de comunicación que rebasara las dificultades políticas y espaciales. Ahora bien, de ahí a magnificar su función, presentando las revueltas populares como resultado de las nuevas tecnologías e incluso como una *wiki-revuelta* parece algo desmedido, aunque propicie un buen titular⁶.

Sin restar ningún tipo de relevancia a su contribución a las movilizaciones, cabe realizar una aproximación más comedida y cercana al impacto de las telecomunicaciones, sin caer en la exageración ni tampoco en su minusvaloración⁷. Desde este punto de vista es innegable su doble condición como medio de información y de organización. Su capacidad para agregar y movilizar recursos se ha mostrado muy eficaz, sobre todo en contextos políticamente adversos. En concreto, para coordinar y publicitar sus movilizaciones y acciones no violentas; canalizar el apoyo externo (gobiernos, organizaciones no gubernamentales y comunidades en la diáspora) hacia el movimiento interno de oposición democrática; organizar a diversos sectores sociales, desde estudiantes hasta mujeres; unir los esfuerzos de la oposición mediante las redes sociales y portales de internet; compartir o transmitir experiencias y aprendizaje de unas sociedades a otras; y atraer la atención de los medios de comunicación internacionales y ofrecerles fuentes alternativas de información a la oficial (Howard, 2010). Sin embargo, nada de esto, por importante que sea, sustituye las razones políticas, sociales,

⁵ Véase Peter Walker: "Amnesty International hails WikiLeaks and Guardian as Arab spring catalysts", *The Guardian*, 13 de mayo de 2011, (en línea)

<http://www.guardian.co.uk/world/2011/may/13/amnesty-international-wikileaks-arab-spring>

⁶ Véase, entre otros titulares similares, cómo etiquetaba el semanario Newsweek la revuelta egipcia: "Inside Egypt's Facebook Revolt", (en línea)

<http://www.newsweek.com/2011/01/27/inside-egypt-s-facebook-revolt.html>

⁷ Véase Philip N. Howard: "The Arab Spring's Cascading Effects", 23 de febrero de 2011, (en línea)

<http://www.miller-mccune.com/politics/the-cascading-effects-of-the-arab-spring-28575/>

económicas e internacionales del descontento. No cabe confundir, por tanto, las causas de las protestas con los instrumentos de que se valen para su organización y expresión.

La importancia de la información en las relaciones internacionales ha sido un tema de creciente interés por parte de sus teóricos. Concebida como una fuente de poder, el acceso a la información ha implicado un notable empoderamiento de las sociedades civiles; y, en general, de otros agentes no estatales. Los avances tecnológicos han rebajado sus costes de procesamiento, transmisión y acceso. Sus consecuencias en la política mundial son obvias, los gobiernos no controlan todo el flujo de la información. Por tanto, su monopolio informativo se ha visto seriamente erosionado, pese a las restricciones que todavía imponen de acceso a internet, telefonía móvil o televisión por satélite. Pero tampoco pueden dar la espalda a las ventajas que ofrecen las telecomunicaciones para su desarrollo socioeconómico; y su aislamiento no es una alternativa muy atractiva. De ahí que sea más costoso su cierre que su apertura (Nye, 2003: 71-85).

Sin olvidar la notable relevancia que ha cobrado las redes sociales como fuente transmisora de información y movilizadora de recursos organizativos y cognitivos, cabe destacar que el ejemplo más evidente de ese proceso contradictorio ha sido el rol jugado por la cadena qatarí *Al-Jazira*. En muy poco tiempo, desde que comenzara sus emisiones en 1996, alcanzó una gran audiencia y credibilidad que llevó a abrir su canal internacional en inglés una década más tarde, en 2006. La clave de su éxito reside en haber introducido una pluralidad de colores frente a los monocromáticos informativos de las cadenas oficiales. Su estilo ha sido un revulsivo para que otras televisiones asumieran cierto aire de pluralidad para ganar credibilidad y audiencia en la competición mediática (Lamloum, 2006). Pero, sobre todo, *Al-Jazira* ha actuado como un eficaz medio de socialización política, más apegado a la realidad social árabe, con mayor credibilidad y receptividad del público en general y de las nuevas generaciones en particular. En definitiva, ha logrado transmitir la información sobre los árabes vista por los propios árabes, propiciando una mayor sensibilización y concienciación política acerca de su entorno social, político, económico y regional en contraste con las tendencias existentes en el sistema internacional.

ACTORES DE LA PRIAVERA ÁRABE

Existe cierto consenso en destacar la ausencia de actores políticos convencionales en la movilización, organización, dirección y liderazgo de las revueltas. En su lugar, se advierte que el verdadero protagonista ha sido el conjunto de la ciudadanía y, en particular, su tejido

asociativo: desde defensores de los derechos humanos, activistas sociales, sindicalistas, ciberactivistas y un variado elenco de grupos e individuos sin necesidad de una adscripción política, ideológica u orgánica determinada. Obviamente, semejante afirmación no niega ni excluye la presencia de fuerzas políticas y sociales con una larga trayectoria opositora. Sólo se señala que ninguna, por sí sola o conjuntamente, abanderó la respuesta popular; y, por tanto, no puede arrogarse su autoría. Por el contrario, la verdadera protagonista ha sido su sociedad civil (Álvarez-Ossorio, 2011).

La participación social en las movilizaciones rebasó todas las expectativas. Su dimensión sorprendió a propios y ajenos. Sin apenas precedentes, la implicación social recordaba a la de la era de su descolonización. Desde el primer momento se barajó el descontento económico como principal causa del levantamiento popular, con sus reivindicaciones centradas en el desempleo, el empobrecimiento y la carestía de la vida, particularmente de los alimentos. De hecho, tras la caída de Ben Ali, ésta fue la interpretación predominante entre los gobiernos de la región como puso de relieve su adopción de medidas socioeconómicas, de subvención de los productos más básicos, sin asumir el descontento político subyacente. Sin embargo, semejantes medidas, además de irrisorias, no tuvieron el efecto neutralizador buscado. La gente no regresó a su casa y, en cambio, siguió protestando en la calle. La privación económica no explicaba por sí sola las revueltas⁸, aunque haya podido actuar de catalizador de las mismas. Rápidamente se pasó de las reivindicaciones socioeconómicas a las políticas: “Pan, agua y no Ben Ali” coreaban los hombres y mujeres tunecinos (Marzouki, 2011).

También cabe pensar que la actual crisis económica y financiera haya podido incrementar el descontento socioeconómico. Sin embargo, pese a su teórica dimensión mundial (o global), no todas las regiones del mundo se han visto igualmente afectadas. Una buena parte de las economías árabes, debido a su menor grado de globalización, no ha registrado del mismo modo la crisis. Algunos análisis incluso apuntan el crecimiento económico registrado en la región (5% en Egipto durante el año 2010), aunque otra cosa bien diferente sea su distribución. Dicho en otros términos, su crecimiento económico no ha ido acompañado de la necesaria proyección social que permita hablar de cierto desarrollo. Una mayoría social significativa no percibe los frutos de las mejoras macroeconómicas del país, concretado en nuevas oportunidades, empleo, servicios sociales, educación e infraestructuras; además de la apertura política, respeto a los derechos humanos y a las libertades civiles y políticas (Abu

⁸ Según señala uno de sus protagonistas, Alaa Al Aswani, en entrevista realizada por Francesca Ciccardi: “La pobreza no fue la causa de la revolución egipcia”, (en línea) <http://www.larazon.es/noticia/4454-la-pobreza-no-fue-la-causa-de-la-revolucion-egipcia>

Dhabi Gallup Center, 2011). El problema se complejizó por la explosiva combinación de incapacidad para garantizar unos mínimos de subsistencia material con una reiterada ausencia de libertades. Lo uno sin lo otro permitía cooptar una amplia base social, según la fórmula del Estado rentista, pero ambas cosas a la vez se mostraron contraproducentes.

Cómo fue posible pasar desde el descontento individual a la protesta colectiva es un interrogante pendiente de una respuesta más elaborada. En esa dirección, pero sin ánimo exhaustivo, cabe advertir algunas peculiaridades de la sociedad tunecina, en particular, el mayor desarrollo de su tejido asociativo y, en definitiva, la mayor fortaleza de su sociedad civil respecto a las de su entorno árabe. Además de la señalada contribución de las telecomunicaciones, cabe desatacar su experiencia movilizadora. Algunas aproximaciones consideran, con razón, que no se puede desvincular las movilizaciones tunecinas y egipcias de su experiencia colectiva, de reivindicaciones sociales y laborales principalmente; y del aprendizaje que supone en su bagaje de confrontación a un régimen autoritario durante los últimos años (Barreñada, 2011a). En este caso, los sindicatos son una referencia obligada como agentes del cambio social y movilizados de recursos. Su implantación sobre el terreno permitió la movilización de un amplio segmento social a escala nacional, dada su ramificación regional (Barreñada, 2011b). Por tanto, no es casualidad que ambos países fueran los adelantados de la nueva ola política que recorre el mundo árabe.

Paradójicamente, que las revueltas carecieran de una dirección o liderazgo, ya fuera personal o colegiado, impidió su desarticulación. No existía un líder o un liderazgo conocido, desde donde se centralizara y emanaran las directrices de las movilizaciones. En consecuencia, tampoco se podía apresar a su dirección política y su potencial reemplazo; y así, sucesivamente, hasta extenuarla. La protesta no presentaba los rasgos más clásicos o tradicionales de la toma de decisiones centralizadas a la que estaban acostumbradas las fuerzas de seguridad del Estado. Por primera vez se enfrentaban a un movimiento más horizontal que vertical, apoyado en las herramientas de las nuevas tecnologías, de difícil y más costoso dismantelamiento. Esto último llevó a que se suprimieran intermitentemente los servicios de telefonía móvil e internet con la esperanza de desarticular o frenar las movilizaciones. Medida gubernamental que, además de carecer de efectividad, pareció también sobredimensionar el rol de las telecomunicaciones sin adentrarse de lleno o querer reconocer las causas sociopolíticas y económicas de la contestación ciudadana.

Otro rasgo definitorio de la primavera árabe es la carencia de protagonismo de los movimientos islamistas en su acción colectiva. En un primer momento titubearon a la hora de sumarse a las manifestaciones, aunque lo hicieran muchos de sus miembros a título individual, en particular, los más jóvenes (Martín, 2011: 119). Sólo se adhirieron después que el movimiento de protesta irrumpiera en la calle, con un seguimiento generalizado, rebasando todas las expectativas y previsiones. Los islamistas asumieron sin complejos que eran una parte más de la protesta, reconociendo su carácter plural, como afirmaba uno de sus portavoces, Hamdy Hasan: “Esta revolución no es nuestra, sino de todos los egipcios. De los jóvenes. Ellos le pusieron la mente y el corazón y abrieron el camino para que la gente perdiera el miedo y saliera a la calle”⁹.

Semejante reconocimiento contrasta con la imagen que habitualmente se tiene del mundo árabe. Durante los últimos años la emergencia del islamismo ha sido el fenómeno sociopolítico más destacado en la región. Sólo basta con hacer un recuento de la bibliografía especializada para advertir la atención de la que ha sido objeto; y en particular, a raíz del 11-S, de su vertiente extrema y violenta, el terrorismo *yihadista*. Buena parte de la agenda regional e internacional ha estado centrada desde entonces en combatir el islamismo radical y violento; menospreciando o desatendiendo otras exigencias básicas de orden socioeconómico y político. En su lugar, la amenaza terrorista ha servido para justificar las políticas inmovilistas en la región, tanto por los gobiernos locales como por sus valedores internacionales.

Como movimiento sociopolítico y tendencia ideológica, el islamismo cuenta con un notable respaldo social. Sus fuerzas políticas han obtenido buenos resultados en las escasas y abortadas situaciones en las que se ha permitido la expresión popular en las urnas: Argelia y Palestina son dos destacados ejemplos. Fruto de la reislamización registrada en las sociedades árabes durante las últimas décadas, los movimientos islamistas forman parte de su realidad. Suelen ocupar un puesto relevante en la oposición antigubernamental. Espacio que dominan a veces de forma casi hegemónica, como si fuera la única oposición realmente existente ante la división, debilidad o menor peso de la oposición secular. Además de reflejar su fortaleza, su mayor proyección mediática o visibilidad no es tan inocente como se suele comúnmente creer. Su magnificación respondería también a la citada política del “mal menor”, destinada a justificar el inmovilismo por temor a su potencial triunfo (acceso al poder) ante la apertura del

⁹ Portavoz de los Hermanos Musulmanes en el Parlamento egipcio, donde tenía 88 escaños, en entrevista realizada por Georgina Higuera: “Egipto debe ser un país laico”, *El País*, 15 de febrero de 2011, http://www.elpais.com/articulo/internacional/Egipto/debe/ser/pais/laico/elpepiint/20110215elpiint_5/Tes

sistema político al sufragio universal. Pero no hay que llamarse a engaño, la permanencia del cierre de las instituciones a la participación ciudadana no es un problema religioso, sino político: el rechazo de las elites gobernantes a la idea de la alternancia en el poder.

Algunos analistas advierten en las revueltas árabes signos de una nueva era postislamista. Paradójicamente el origen de esta innovadora tendencia se inició en Irán, donde tuvo lugar la primera revolución islamista de la historia contemporánea. Precisamente, su experiencia ha dado lugar a una revisión de sus fundamentos con la trascendencia del islamismo en la sociedad y en el gobierno (Bayat, 1996). Los movimientos postislamistas se diferenciarían de sus ascendentes islamistas por su carácter más pragmático y menos ideologizado; políticamente más ambiguos y comedidos en el alcance de sus promesas y compromisos; se muestran más tolerantes, plurales e integradores de las diferencias y las minorías; además de estar más centrados en las perspectivas de futuro que en las glorias del pasado. Expresión de su nuevo perfil es su agenda política, orientada hacia los derechos humanos, civiles y políticos, el Estado de derecho, la alternancia en el poder y, en definitiva, la democracia (Bayat, 2011). Valores que no son vistos como una importación e injerencia occidental o extraños a su tradición, sino como parte del islam (Roy, 2011). Por tanto, desde este punto de vista, se estaría iniciando una nueva etapa en la que los movimientos islamistas formarían parte inexorable de su paisaje sociopolítico, pero sin ser necesariamente la fuerza política hegemónica o predominante; y en caso de serlo no supondría un riesgo para las reglas del juego democrático. Por el contrario, su integración en el sistema político sólo contribuiría a legitimarlo; además de neutralizar la potencial radicalización (incluso violenta) que ha conllevado su sistemática exclusión y represión en el pasado.

Ante este panorama se contraponen dos modelos, el de Turquía y el de Irán. Muchos analistas y responsables políticos se interrogan ¿hacia dónde se dirige el mundo árabe? Es obvia la influencia que ejerció la revolución iraní en el despegue e impulso de los movimientos islamistas en la región; además de la ascendencia que mantiene entre las minorías chiíes (Irak, Líbano y golfo Pérsico), sus fuerzas políticas (Hezbollah) y otras de tradición sunní (Hamás). Pero no es menos cierta la admiración que ha ido ganando la experiencia turca entre los árabes durante los últimos años, reforzada por el ascenso de Turquía en el panorama regional e internacional; y todo ello de la mano de un gobierno islamista. Túnez y Egipto cuentan con dos de los movimientos islamistas que han logrado mayor madurez y moderación en la región: al-Nahda (Renacimiento) y los Hermanos Musulmanes. Todavía es pronto para advertir hacia dónde se dirige el cambio político operado en ambos países. Quizás no sigan el modelo iraní ni

el turco y, en su lugar, construyan uno propio. Pero una cosa es cierta, si algo ha puesto de manifiesto la sociedad civil árabe es su hartazgo del autoritarismo, sea del signo que sea. Cualquiera que haya visitado o vivido en la zona habrá comprobado que ni el modelo saudí ni el iraní suscitan un especial atractivo.

El fantasma de la revolución iraní, del riesgo de caer bajo la influencia de Teherán y reproducir su experiencia, se agitó desde el primer momento, tanto por Hosni Mubarak como por Benjamín Netanyahu. Era una expresión más (en este caso, la última de *rais* egipcio) de la política de “yo o el caos”. Desde un punto de vista opuesto, el presidente iraní reivindicó el modelo iraní hacia el que, según Ahmadineyah, se dirigían los jóvenes árabes que protagonizaban las revueltas. Paradójicamente, los jóvenes iraníes reiniciaron una nueva oleada de protesta como si quisieran enviar un mensaje a sus coetáneos árabes: Irán no era el modelo. Curiosamente, los jóvenes iraníes y árabes comparten algunas cosas en común: además de su perfil social, su rechazo al autoritarismo, unido a sus ansias de libertad política y progreso socioeconómico.

El papel de los jóvenes en las revueltas es otro de sus rasgos más destacado. Sin embargo, no es una protesta generacional o juvenil, aunque posea algunos de sus ingredientes. Los jóvenes por sí solos no son un actor político. Su mayor visibilidad no debe ocultar la presencia de otras cohortes generacionales, ni segmentos sociales. Un cúmulo de factores explicaría su mayor proyección social en las protestas. En términos demográficos, y fruto de su transición, los jóvenes representan más del 60% de la población árabe (con menos de 30 años). En el ámbito económico, pese a ser la generación con mayores estudios y mejor formación de su historia, carece de oportunidades para su desarrollo profesional y salida laboral. No es extraño, por tanto, que muchos busquen en la emigración (a Europa y Estados Unidos, principalmente) una alternativa a las insuficiencias de su economía y mercado de trabajo (PNUD, 2002). En el espacio político, la juventud árabe sufre igual asfixia que el conjunto de su sociedad. No escasean entre sus miembros las inquietudes y reflexiones sobre la *cosa pública*, de lo que realmente carecen son de canales de participación institucional. Sin embargo, sus sistemas políticos cerrados y represivos no han disuadido a que una parte de sus jóvenes se haya comprometido e involucrado en movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales u otras asociaciones cívicas o sociopolíticas. En el terreno social, las dificultades de realización personal se agudizan por las mencionadas carencias políticas y económicas que arrastran. En el contexto árabe, contraer matrimonio permite acceder a un nuevo estatus social y a la vida sexual. Muchos jóvenes ven retrasada esa posibilidad, y de formar su propia familia; y otros se

quedan atrapados “entre el limbo de la adolescencia y la madurez”, además de verse forzados a prolongar su celibato que conduce “a muchos a la religión” (Amirah, 2008: 9). En suma, la falta de expectativas provoca una notable frustración social que, a su vez, se incrementa por un entorno donde el peso de la tradición puede resultar castrador.

Por último, en un sentido más generacional, la presencia de los jóvenes se explicaría también por su mayor disponibilidad de tiempo, energías, conocimientos, perspectivas de futuro, familiarización con las nuevas tecnologías de la comunicación, y socialización en unas pautas anquilosadas que no se corresponden para interpretar el mundo que les rodea. Dicho de otro modo, se puede aducir cierto cambio generacional con respecto a las pautas predominantes de sus predecesores. En particular, se trata de una generación más plural y, paradójicamente, más individualista. Elementos que no han impedido su compromiso social. Con diferencia, es la generación árabe más y mejor preparada de su historia, con dominio de lenguas extranjeras, con acceso al mundo exterior mediante las telecomunicaciones y conectada entre sus miembros sin mayor mediación orgánica que su propia voluntad. Factores que también han contribuido a una mayor toma de conciencia de su realidad al contrastarla con otras.

Pero si existe un rasgo definitorio de las revueltas es su carácter plural en términos generacionales, espaciales, políticos e ideológicos, de género y de clase. No cabe reducirlo a una determinada cohorte generacional o a un sector social por más visible o importante que fuera o se percibiera. Por el contrario, su principal característica residió en que fue secundada ampliamente por las diferentes generaciones, de jóvenes y mayores; por el espacio urbano de sus ciudades, pero también de sus regiones periféricas y rurales; por las diferentes sensibilidades y corrientes políticas e ideológicas, desde comunistas hasta islamistas, además de liberales; por sus hombres y sus mujeres; por las clases medias, pero también las asalariadas o trabajadoras e incluso por profesionales liberales y parte de su burguesía comercial, que le otorgó un carácter interclasista. Sin olvidar, en el caso de Egipto, que su revuelta la integraba tanto su población musulmana (mayoritaria) como su minoría cristiana (copta); además de individuos de tradición secular y religiosa. En suma, se trató de la rebelión de su ciudadanía, animada por esa revolución silenciosa que se viene produciendo en la vida cotidiana, tejiéndose por su igualmente heterogéneo entramado asociativo y, en definitiva, su sociedad civil.

A modo de conclusión

El mundo árabe asiste a un nuevo ciclo político. Iniciado por su ciudadanía, será un ciclo largo, complejo, lleno de incertidumbres, altibajos e incluso situaciones de caos. Tampoco estará

exento de estancamientos, retrocesos e involuciones. Pero, a pesar de ello, su carácter es irreversible. Nada volverá a ser igual que antes. Tampoco su impacto será uniforme. Como se observa, la primavera árabe cobra desiguales dividendos, de triunfo, represión, intervención y reformas. Su triunfo inicial en Túnez tuvo un indudable efecto de contagio, reforzado por su éxito en Egipto, el país que ocupa la centralidad en el mundo árabe y el que históricamente ha marcado sus principales tendencias. Ambos países han iniciado un proceso de transición, etapa llena de dificultades e incertidumbres.

La represión ha sido la respuesta sistemática de unos Estados duros como Siria y Yemen. Sin lograr la efectividad de épocas pasadas, ambas situaciones están, de momento, en un impasse, aunque se advierten obvias diferencias. En Yemen se corre el riesgo de guerra civil, siguiendo algunas líneas de su división tribal, situación que se complejizaría por la presumible existencia de reductos de al-Qaeda en el país. En Siria las oleadas de protesta no cesan, demostrado que su orden político no se puede seguir sosteniendo mediante la coerción.

Con menor visibilidad otros países han respondido de manera semejante, si bien es cierto que presentan algunas características complementarias a la represión para neutralizar la contestación política. Así, en Arabia Saudí se aplacó su conato desde el primer momento; y en Argelia los intentos de revuelta no han logrado ser secundados por una mayoría significativa de su ciudadanía, dada la pesada losa que supone su todavía reciente guerra civil. Con la excepción de Bahreín, en los países del golfo Pérsico no se han registrado movimientos de protesta generalizados. Su configuración social y demográfica explicaría de algún modo su ausencia, unido a su vital importancia geoestratégica y económica. Son países con ingentes recursos y una población escasa, que ha sido objeto de cooptación por sus Estados rentistas. Buena parte de sus empleados trabaja en el sector público o tienen algún tipo de vinculación desde el minoritario sector privado de su economía. Paralelamente, existe una importante población extranjera, que ocupa el sector de la clase trabajadora o asalariada, pero carente de derechos.

La intervención internacional en Libia y Bahreín recuerda la importancia geoestratégica y económica de la región, además del doble rasero del que viene siendo objeto. En Libia la intervención adquirió un rostro humanitario a manos de la OTAN; y en Bahreín, dada su importante población chií, primaron supuestamente las consideraciones geoestratégicas frente a Irán, desde el punto de vista saudí, que predomina en el Consejo de Cooperación del Golfo y apadrinó la intervención.

Aunque muchos países anunciaron todo un paquete de medidas socioeconómicas con objeto de neutralizar y acabar con las protestas, lo cierto que el país que ha llegado más lejos ha sido, de momento, Marruecos, incluyendo también la reforma política. Sin embargo, para sus críticos ésta es insuficiente. Jordania parecía seguir una senda semejante, pero todavía no ha dado ningún paso significativo en esa dirección por tímida que sea.

Independientemente de su alcance, las revueltas inician un nuevo capítulo en la historia del mundo árabe. Sólo se está ante sus comienzos. El mito de su excepcionalidad ha quedado invalidado. Sus hombres y mujeres han expresado su deseo de refundar el Estado árabe sobre la base del derecho y las reglas del juego democrático. El orden del Estado árabe postcolonial ha concluido. Es previsible que sus cambios internos terminen afectando a medio y largo plazo a su orden regional o, igualmente, al subsistema internacional árabe.

Referencias

- Abu Dhabi Gallup Center. 2011: "Egypt: The Arithmetic of Revolution", <http://www.abudhabigallupcenter.com/146888/BRIEF-Egypt-Arithmetic-Revolution.aspx>
- Álvarez-Ossorio, Ignacio. 2011. "Las revoluciones árabes: hacia un cambio de paradigma", en Manuela Mesa, coord. *El mundo a la deriva: crisis y pugnas de poder. Anuario 2011-2012*. Madrid: CEIPAZ-Fundación Cultura de Paz, 105-119.
- Amirah Fernández, Haizam. 2008. "Religiosidad, sexualidad, oportunidades y percepciones", *Culturas. Revista de análisis y debate sobre Oriente Próximo y el Mediterráneo*, 2: 4-12.
- Arendt, Hannah. 1988. *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ayubi, Nazih N. 2000. *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del estado árabe*. Barcelona: Bellaterra.
- Barreñada Bajo, Isaías. 2011a. "Las revoluciones árabes, la cuestión de la justicia social y los sindicatos", *Anuario 2011*. Madrid: Fundación Primero de Mayo, 261-277.
- Barreñada Bajo, Isaías 2011b. "El papel de los sindicatos en la revoluciones árabes", *Noticias Obreras*, 1.525: 19-26.
- Bayat, Asef. 1996. "The Coming a Post-Islamic Society", *Critique: Critical Middle East Studies*, 9: 43-52.
- Bayat, Asef. 2011. "Egypt, and the post-Islamic Middle East", *Open Democracy*, 2 de febrero, <http://www.opendemocracy.net/asef-bayat/egypt-and-post-islamist-middle-east>
- Bessis, Sophie; y Martín Muñoz, Gema, coords. 2010. *Mujer y familia en las sociedades árabes actuales*. Barcelona: Bellaterra.
- Casa Árabe-IEAM. 2011. "Siria: el régimen ante el desafío de la revolución", *Atalaya sociopolítica de Casa Árabe*, 15: 1-5.
- Courbage, Youssef; y Todd, Emmanuel. 2009. *Encuentro de civilizaciones*. Madrid: Foca.
- Echeverría Jesús, Carlos. 2011. "El papel de las Fuerzas Armadas sirias en el marco de las revueltas", *Real Instituto Elcano, ARI*, 102 http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/mediterraneo+y+mundo+arabe/ari102-2011
- Gerges, Fawaz A. 2005. *The Far Enemy. Why Jihad Went Global*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gerges, Fawaz A. 2007. *El viaje del Yihadista dentro de la militancia musulmana*. Barcelona: La Vanguardia.
- Gómez Puyuelo, José Luis. 2009. *La República pretoriana. Ejército y poder político en Argelia (1954-1978)*. Madrid: Ibersaf.
- Granovetter, Marck. 1990. "Modelos de umbral de conducta colectiva", *Zona Abierta*, 54/55: 137-166.

- Howard, Philip N. 2010. *The Digital Origins of Dictatorship and Democracy. Information Technology and Political Islam*. Oxford: Oxford University Press.
- International Crisis Group. 2011. "Popular Protest in North Africa and the Middle East (I): Egypt Victorious?", *Middle East/North Africa Report*, 101: 1-36.
- Izquierdo Brichs, Ferrán, ed. 2009. *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Barcelona: CIDOB.
- Kassir, Samir. 2006. *La desgracia de ser árabe*. Córdoba: Almuzara.
- Kegley, Jr., Charles W.; y Wittkopf, Eugene R. 2001, 8ª ed. *World Politics: Trend and Transformation*. Boston: Bedford/St. Martin's.
- Khader, Bichara. 2010. *El Mundo Árabe explicado a Europa. Historia, imaginario, cultura, política, economía, geopolítica*. Barcelona: Icaria & IEMed.
- Lamloum, Olfa. 2006. *Al-Jazira, espejo rebelde y ambiguo del mundo árabe*. Barcelona: Editorial Hacer.
- Lampridi, Athina. 2011. "Hosni Mubarak, la lenta caída de un hombre fuerte", *Análisis del observatorio electoral TEIM*, http://www.observatorioelectoral.es/ImgBase/AE-Egipto_2011_Mubarak_lenta_caída_de_un_hombre_fuerte.pdf
- Martín Muñoz, Gema. 1999. *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*. Barcelona: Bellaterra.
- Martín, Javier. 2011. *Los Hermanos Musulmanes*. Madrid: La Catarata.
- Marzouki, Nadia. 2011. "Tunisia's Wall Has Fallen", *Middle East Research and Information Project*, 19 enero, <http://www.merip.org/mero/mero011911>
- Nye, Jr., Joseph S. 2003. *La paradoja del poder norteamericano*. Madrid: Taurus.
- Olson, Mancur. 1971, 2ª ed. *The logic of collective action*. Harvard: Cambridge University Press.
- Paramio, Ludolfo. 1990. "La revolución como problema teórico", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 7: 151-174.
- PNUD. 2002. *Arab Human Development Report 2002. Creating Opportunities for Future Generations*. New York: United Nations Development Program.
- Rogan, Eugene. 2010. *Los árabes. Del Imperio otomano a la actualidad*. Barcelona: Crítica.
- Roy, Olivier. 2011. "This is not an Islamic Revolution", *Newstatesman*, 15 de febrero, <http://www.newstatesman.com/religion/2011/02/egypt-arab-tunisia-islamic>
- Said, Edward W. 1990. "Intifada and Independence", en Zachary Lockman & Joel Beinin, eds., *Intifada. The Palestinian Uprising Against Israeli Occupation*. London: I. B. Tauris, 5-22.
- Smelser, Neil J. 1989. *Teoría del comportamiento colectivo*. México: Fondo e Cultura Económica.
- Springborg, Robert. 2011. "El poder militar en Egipto", *Vanguardia Dossier*, 39: 23-28.
- Stratford. 2011. "Yemen in Crisis: A Special Report", <http://www.stratfor.com/analysis/20110318-yemen-crisis-special-report>